

FILOSOFÍA



Domingo en la Plaza del Hatillo

Andrés Revesz. 1966

Fuente: Ediciones Edime 1975

LA FUNCIÓN CONSTRUCTIVA DE LA IMAGINACIÓN EN EL SISTEMA FILOSÓFICO DE HUME

José Alfredo Moncada Sánchez*

RESUMEN

El artículo analiza el papel central de la imaginación en el sistema filosófico de David Hume, destacando la paradoja de esta facultad: fuente tanto de ficciones y errores como de la coherencia que sostiene nuestro conocimiento y experiencia. El propósito del texto es mostrar que, lejos de ser secundaria, la imaginación constituye el fundamento activo del naturalismo humeano, pues organiza las percepciones dispersas en un marco unificado que posibilita la creencia, la causalidad, la identidad personal y la construcción del mundo externo. A partir de los principios de asociación —semejanza, contigüidad y causalidad—, Hume establece una ciencia de la naturaleza humana que supera el dogmatismo racionalista y el escepticismo radical. La conclusión subraya que la imaginación es el arquitecto de la experiencia: permite articular un mundo inteligible y un yo coherente, situándose como núcleo del conocimiento, la moral y la vida social en la filosofía humeana.

Palabras Claves: *Imaginación, asociación, naturalismo y creencia.*

*Docente Titular. Universidad Experimental del Táchira-Venezuela. Postdoctorado en Filosofía (Universidad Tecnológica del Centro (Carabobo-Venezuela). Doctor en Filosofía (Universidad Simón Bolívar). Magister en Filosofía mención Pensamiento Latinoamericano. (Universidad Cecilio Acosta (UNICA). Zulia-Venezuela. Licenciado en Educación Mención Filosofía. UNICA. Economista E_mail: jmoncadas@unet.edu.ve Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-5263-4801>

Recibido: 23/09/2025

Aprobado: 26/11/2025

THE CONSTRUCTIVE FUNCTION OF IMAGINATION IN HUME'S PHILOSOPHICAL SYSTEM

ABSTRACT

This article analyzes the central role of imagination in David Hume's philosophical system, highlighting the paradox of this faculty: it is a source of both fictions and errors, as well as the coherence that underpins our knowledge and experience. The purpose of the text is to show that, far from being secondary, imagination constitutes the active foundation of Humean naturalism, as it organizes scattered perceptions into a unified framework that makes possible belief, causality, personal identity, and the construction of the external world. Based on the principles of association—similarity, contiguity, and causality—Hume establishes a science of human nature that overcomes rationalist dogmatism and radical skepticism. The conclusion emphasizes that imagination is the architect of experience: it allows for the articulation of an intelligible world and a coherent self, positioning itself as the core of knowledge, morality, and social life in Humean philosophy.

Key Words: *Imagination, Association, Naturalism, Belief.*

Introducción: La paradoja de la imaginación humeana

La empresa filosófica de David Hume (1711 – 1776), particularmente expuesta en su obra seminal, el *Tratado de la Naturaleza Humana*, se erige como un intento de establecer una ciencia del hombre sobre una base empírica y observacional. Su proyecto busca desentrañar los principios universales que rigen la mente humana, abarcando no solo la epistemología, sino también la ética, la política, la estética y la lógica. Dentro de este ambicioso marco, uno de los descubrimientos más profundos del filósofo es la influencia omnipresente de la imaginación. Este llega a afirmar que los seres humanos están poderosamente gobernados por esta facultad, atribuyéndole la responsabilidad de características cruciales tanto de las mentes individuales como de las estructuras sociales.

En este contexto, la imaginación se presenta con un carácter paradójico. Por un lado, se la identifica como la fuente de ficciones, errores

y absurdos, un principio inconstante y falaz que puede llevar a juicios contradictorios. Sin embargo, Hume argumenta simultáneamente que la imaginación es la fuente de nuestro acceso al mundo, la base sobre la cual se fundan la memoria, los sentidos e incluso el entendimiento. Esta aparente contradicción es, en realidad, la clave para comprender el sistema humeano. El filósofo no considera a la imaginación como una mera facultad auxiliar o un simple productor de fantasías, sino como la facultad constructiva central, el agente que configura activamente nuestros marcos cognitivos (Del Barco Collazos, 2016).

El presente artículo sostiene que la imaginación, lejos de ser una facultad secundaria o pasiva, es el fundamento activo del naturalismo de Hume que unifica percepciones dispares en una experiencia coherente del mundo y del yo. A través de un análisis sistemático de su función y sus principios, se demostrará cómo esta facultad, regida por leyes psicológicas, hace posible el conocimiento probable y la creencia, ofreciendo un camino moderado entre el escepticismo radical y el dogmatismo racionalista. La estructura de este análisis procederá desde los conceptos fundacionales hasta las aplicaciones cruciales, para finalmente explorar las implicaciones filosóficas más amplias del naturalismo imaginativo de Hume.

La empresa filosófica de Hume y la primacía de la imaginación

El punto de partida del empirismo humeano es la distinción fundamental entre las “impresiones” y las “ideas”:

Todas las percepciones de la mente humana se reducen a dos géneros distintos que yo llamo impresiones e ideas. La diferencia entre ellos consiste en los grados de fuerza y vivacidad con que se presentan a nuestra mente y se abren camino en nuestro pensamiento y conciencia. A las percepciones que penetran con más fuerza y violencia [las] llamamos impresiones, y comprendemos bajo este nombre todas nuestras sensaciones, pasiones y emociones tal como hacen su primera aparición en el alma. Por ideas entiendo las imágenes débiles de éstas en el pensamiento y razonamiento. (Hume, 2012, p.126)

Las impresiones se definen como “percepciones que penetran con más fuerza y violencia” y abarcan todas nuestras sensaciones, pasiones y emociones tal como se presentan por primera vez en el alma. Por otro lado, las ideas son “imágenes débiles de éstas en el pensamiento y razonamiento”. Esta distinción establece un principio cardinal: el “principio de copia”, que postula que “todas nuestras ideas simples en su primera aparición se derivan de impresiones simples, con las que se corresponden y a las que representan exactamente” (Hume, 2012, p. 127). Esta tesis niega la existencia de ideas innatas y restringe todo el material del pensamiento a lo que previamente ha sido experimentado a través de las impresiones.

Una vez que las impresiones han generado ideas, la mente dispone de varias facultades para procesarlas. La imaginación y la memoria son las más relevantes en este contexto. Si bien ambas facultades derivan sus ideas de impresiones previas, la diferencia entre ellas es crucial (Zalta, 2023, p. 501). La memoria está “en cierto modo limitada” (Hume, 2012, p. 132) y debe conservar el orden y la forma original de las impresiones (Zalta, 2023, p. 501). Sus ideas son descritas como más “vivas y fuertes” (op. cit.). En contraste, la imaginación no está obligada a seguir el mismo orden y posee la libertad de “ordenar sus contrapartes de cualquier manera y combinarlas de cualquier forma que le plazca” (Hume, 2012; Del Barco Collazos, 2016). Esta capacidad de “componer y alterar” las ideas es lo que distingue a la imaginación como una facultad no meramente representativa, sino intrínsecamente creativa y constructiva (Guerrero, 2016).

Esta libertad de la imaginación es una consecuencia lógica del marco empírico de Hume. Si, como sostiene el “principio de copia” (Hume, 2012, p. 127), toda idea compleja es una composición de ideas simples que, a su vez, provienen de impresiones, entonces la mente debe poseer una facultad para realizar esta composición. La imaginación es precisamente esa facultad. La necesidad de un agente de combinación, que puede separar y recombinar las ideas a su deseo, eleva la imaginación de un simple repositorio de fantasías a un mecanismo de procesamiento esencial para la formación de cualquier concepto complejo. Al contrastar esto con los sistemas racionalistas, en los que la mente puede tener acceso directo a conceptos universales o innatos, se

observa que el empirismo de Hume exige necesariamente una imaginación poderosa y productiva. El rol de esta facultad no es solo representar lo que ya existe, sino construir activamente nuevas realidades mentales a partir de los materiales de la experiencia. De esta manera, el empirismo humeano, lejos de relegar la imaginación, la posiciona en un rol primordial y activo.

Principios de la imaginación

La capacidad de la imaginación para conectar y alterar ideas no es completamente caótica. Hume sostiene que, aunque la mente puede separar y unir ideas de formas nuevas e inusitadas, las operaciones de esta facultad están “guiada por algunos principios universales” (Hume, 2012, p. 133). Estos principios de asociación actúan como una “fuerza suave” o una especie de “atracción” en el mundo mental (Hume, 2012, p. 133; Zalta, 2023, p. 569), comparable a la gravitación de Newton en el mundo natural. Los tres principios identificados son: semejanza, contigüidad en tiempo o lugar, y causa y efecto (Hume, 2012; Del Barco Collazos, 2016).

La analogía con la gravitación newtoniana no es una mera figura retórica; constituye el núcleo del proyecto naturalista de Hume. Al reducir la complejidad de las operaciones mentales a unos pocos principios simples y observables, Hume busca establecer una ciencia de la naturaleza humana que esté a la par con la física de Newton. Estos principios de asociación son las leyes que rigen el universo de nuestros pensamientos. Al igual que la gravitación unifica el universo físico al explicar las fuerzas que mantienen unidas a las masas, estos principios son “los únicos lazos que mantienen unidas las partes del universo” (Hume, 2012, p. 684) de la mente. La existencia de estos principios de asociación —cuyas causas son desconocidas y se resuelven en “cualidades originales de la naturaleza humana” (Hume, 2012, p. 134; Zalta, 2023, p. 570)— permite a Hume explicar la coherencia de nuestro pensamiento sin recurrir a nociones metafísicas o a una razón pura y trascendente. Esta analogía enmarca su proyecto como una empresa deliberadamente anti-metafísica y pro-naturalista, donde el conocimiento no se funda en la lógica abstracta, sino en la regularidad y el funcionamiento intrínseco de la mente humana, que es, en esencia, una parte del mundo natural.

La distinción entre las facultades de la mente en el sistema de Hume se puede resumir de la siguiente manera, lo cual subraya el carácter único y central de la imaginación:

Tabla 1. Facultades de la mente en el sistema de Hume

Facultad/ Percepción	Característica Definitoria	Función	Principios que la guían
Impresiones	Vivaces, fuertes y directas (Hume, 2012, p. 126)	Percepción original de la realidad (Hume, 2012, p. 126)	No aplica
Ideas	Débiles, copias de impresiones (Hume, 2012, p. 126)	Representación de las impresiones (Hume, 2012, p. 126)	No aplica
Memoria	Conserva vivacidad y orden original de impresiones (Hume, 2012, p. 132)	Representación fiel y conservadora (Del Barco Collazos, 2016, p. 136)	Fidelidad al orden original (Zalta, 2023, p. 501)
Imaginación	Crea ideas más débiles que la memoria, pero con gran libertad (Del Barco Collazos, 2016, p. 135)	Compone, altera, une y separa ideas (Del Barco Collazos, 2016, p. 135)	Principios de Asociación: semejanza, contigüidad, causalidad (Hume, 2012, p. 134; Muñoz Segura, 2011, p. 292)

Fuente: Elaboración propia.

La tabla aclara que la falta de “fidelidad” de la imaginación a la realidad experimentada no es una deficiencia, sino la característica que le otorga su poder constructivo. Mientras que la memoria se limita a la representación fiel, la imaginación, liberada de este constreñimiento, puede reorganizar el material de la experiencia para crear nuevas estructuras cognitivas. Esta distinción es fundamental para comprender que la imaginación humeana opera más allá de la mera representación pasiva, estableciéndose como un agente activo en la construcción de la realidad mental.

La función arquitectónica de la imaginación en la formación de conceptos clave

La teoría del conocimiento de Hume parte de una distinción fundamental entre “impresiones” e “ideas”:

Todas las percepciones de la mente humana se reducen a dos géneros distintos que yo llamo impresiones e ideas. La diferencia entre ellos consiste en los grados de fuerza y vivacidad con que se presentan a nuestra mente y se abren camino en nuestro pensamiento y conciencia. A las percepciones que penetran con más fuerza y violencia [las] llamamos impresiones, y comprendemos bajo este nombre todas nuestras sensaciones, pasiones y emociones tal como hacen su primera aparición en el alma. Por ideas entiendo las imágenes débiles de éstas en el pensamiento y razonamiento. (Hume, 2012, p.126)

Las impresiones son percepciones vivaces y fuertes, como sensaciones, pasiones y emociones; estas se dividen en dos clases: impresiones de sensación (u originales), que surgen en el alma por causas desconocidas (como los sentimientos derivados de los cinco sentidos, dolores y placeres corporales), e impresiones de reflexión (o secundarias), que proceden de las impresiones originales o de sus ideas correspondientes, incluyendo deseos, emociones y sentimientos.

Por otro lado, las ideas son imágenes débiles o copias de estas impresiones en el pensamiento y el razonamiento. Según el “principio de copia” de Hume: “Todas nuestras ideas simples en su primera aparición se derivan de impresiones simples, con las que se corresponden y a las que representan exactamente” (ob. cit., p. 127). En este sentido, todas nuestras ideas simples se derivan de impresiones simples correspondientes, lo que equivale a la tesis de que no existan ideas innatas. Este principio implica que no podemos pensar en nada que no hayamos experimentado previamente mediante una impresión. Aunque la mente puede separar y combinar ideas de formas nuevas e inusitadas, los materiales del pensamiento siempre su origen en las impresiones.

La imaginación es la facultad clave que “compone y altera” las ideas, a diferencia de la memoria que conserva su orden original:

... aunque ni las ideas de la memoria ni las de la imaginación, ni las ideas vivaces ni las débiles pueden hacer su aparición en la mente a no ser que sus impresiones correspondientes hayan tenido lugar antes para prepararles el camino, la imaginación no se halla obligada a seguir el mismo orden y forma de las impresiones originales, mientras que la memoria se halla en cierto modo limitada en este respecto y no posee el poder de variarlas. (ob. cit., p.132)

Esta capacidad de la imaginación para conectar ideas no es arbitraria, sino que está regida por lo que Hume llama principios de asociación de ideas:

Como todas las ideas simples pueden ser separadas por la imaginación y pueden ser unidas de nuevo en la forma que a ésta agrade, nada sería más inexplicable que las operaciones de esta facultad si no estuviese guiada por algunos principios universales que la hacen en alguna medida uniforme en todos los tiempos y lugares. (ob. cit., p.133)

Estos principios - semejanza, contigüidad en tiempo o lugar, y causa y efecto - actúan como una fuerza suave o una especie de atracción en el mundo mental, comparable a la gravitación de Newton en el mundo natural, y unen las partes del universo de nuestro pensamiento. Hume considera que estos principios de asociación son “cualidades originales de la naturaleza humana” que no pueden explicarse fueran de la experiencia misma: “Las cualidades de que surge esta asociación y por las cuales de este modo es llevada la mente de una idea a otra son tres, a saber: semejanza, contigüidad en tiempo o lugar y causa y efecto” (ob. cit., p. 134).

Hume plantea la necesidad de probar que estas cualidades producen una asociación entre ideas y que cuando aparece una idea despierta naturalmente otra, a partir de los principios señalados:

...en el curso de nuestro pensamiento y en la constante revolución de nuestras ideas, nuestra imaginación pasa fácilmente de una idea a otra que se le *asemeja* y que esta cualidad por sí sola es para la fantasía un lazo suficiente de asociación. Es igualmente evidente que como los sentidos al cambiar sus objetos están obligados a cambiarlos regularmente y a tomarlos tal como se hallan *contiguos* unos a otros, la imaginación debe, en virtud de una larga costumbre, adquirir el mismo método de pensar y recorrer las partes del espacio y el tiempo al concebir sus objetos. En cuanto a la conexión, que está constituida por la relación de *causa y efecto*, tendremos ocasión más tarde de examinarla en su totalidad y, por consiguiente, no insistiré aquí sobre ella: Es suficiente observar que no hay relación que produzca una conexión más fuerte en la fantasía y haga que una idea despierte más fácilmente a otra que la relación de causa y efecto entre sus objetos. (ob. cit., p.134)

Hume señala que la imaginación actúa como un hilo conductor de nuestra actividad mental, al saltar de una idea a otra por semejanza. A diferencia de la memoria que conserva el orden exacto de las impresiones, la imaginación se mueve libremente, asociando cualquier idea que evoca a otra con rasgos comunes. Esta unión por semejanza constituye para la fantasía un lazo suficiente de asociación, subrayando la importancia de los elementos comunes entre impresiones para mantener la comunidad de pensamiento.

En cuanto a la contigüidad y la prefiguración del papel central de la causalidad, Hume explica que, al experimentar siempre objetos próximos en el espacio y el tiempo, la imaginación aprende a enlazar ideas siguiendo un patrón sensorial. Si bien reserva el estudio profundo de la relación causa-efecto, anticipa que será la asociación más fuerte, pues ninguna otra relación despierta con tanta eficacia una idea a partir de otra.

La causalidad y la creencia probable

Hume comienza su análisis de la causalidad desmantelando la noción racionalista de una “conexión necesaria” que une intrínseca-

mente una causa y su efecto. Argumenta que, “al observar un evento, no podemos percibir directamente un ‘lazo’ que lo conecte a otro” (Hume, 2012, p. 266). La idea de conexión necesaria, por lo tanto, no se deriva de una impresión externa. En cambio, Hume propone una explicación radicalmente diferente: la inferencia causal se basa en la costumbre o el hábito (Guerrero, 2016). La observación repetida de la conjunción constante de dos eventos, como el choque de una bola de billar y el movimiento de la segunda, crea un hábito mental. Este hábito produce una “determinación de la mente” o una “impresión interna” (Hume, 2012, p. 267; Zalta, 2023, p. 540) que nos lleva a esperar que un evento siga al otro. Es de esta impresión interna, y no de una cualidad inherente a los objetos, de donde se deriva nuestra idea de poder o conexión necesaria.

Según la propuesta humeana, el papel de la imaginación en este proceso es transformar la repetición de la experiencia en un sentimiento de convicción. Para Hume, la creencia no es una nueva idea que se añade a un concepto, sino una “forma diferente de concebir un objeto” (Hume, 2012, p. 678; Muñoz Segura, 2011, p. 358); es, en sus propios términos, un “sentimiento peculiar” que otorga “fuerza, vivacidad, solidez, firmeza o estabilidad superior” a las ideas del juicio, distinguiéndolas de las ficciones de la imaginación. Tal como lo expone el filósofo, la creencia surge de la transmisión de la vivacidad desde una impresión presente (como el ver la primera bola de billar moviéndose) a una idea asociada, a través de la “transición natural” del hábito (Guerrero, 2016; Muñoz Segura, 2011). A partir de este planteamiento, puede sostenerse – como lectura del presente análisis – que la imaginación no solo asocia ideas, sino que también actúa como un transformador psicológico, convirtiendo la repetición en un sentimiento de convicción. Este sentimiento, una impresión interna de la mente, en los términos de Hume, es el origen de nuestra creencia en la conexión causal y el motor que impulsa nuestras acciones y juicios. Este mecanismo demuestra el poder constructivo de la imaginación, ya que no se limita a vincular ideas preexistentes, sino que genera el sentimiento mismo de certeza que, en última instancia, fundamenta el conocimiento probable.

El mundo externo, la sustancia y las ideas abstractas

La imaginación es también la única fuente de nuestra creencia en la existencia continua y distinta de los objetos externos. Hume ar-

gumenta que los sentidos solo nos proporcionan percepciones discontinuas, no una existencia persistente o distinta de nuestra mente. La idea de que los objetos continúan existiendo cuando no los percibimos es una “ficción” de la imaginación, pero una ficción natural e indispensable. Al ser guiada por la constancia y coherencia de nuestras percepciones, la imaginación “rellena las lagunas” entre las percepciones discontinuas, fingiendo una existencia continua que llena los intervalos (Zalta, 2023; Muñoz Segura, 2011).

De manera similar, Hume deconstruye la noción de sustancia como una entidad subyacente que soporta las cualidades sensibles. Al aplicar su criterio empirista, concluye que no tenemos impresión alguna de la sustancia. En consecuencia, la idea de sustancia es una colección de ideas simples que están unidas por la imaginación y a la que se le asigna un nombre particular. Es una ficción que surge de la agrupación habitual de impresiones. La misma lógica se aplica a las ideas abstractas. Hume argumenta que estas no existen como conceptos universales; lo que llamamos una idea general es en realidad una idea particular que la imaginación utiliza para representar otras ideas semejantes mediante un término lingüístico.

A la luz de lo expuesto, puede sostenerse que la construcción del mundo externo, la sustancia y las ideas abstractas son manifestaciones del mismo mecanismo, presente en la propuesta humeana: la tendencia de la imaginación a imponer orden y unidad al flujo de percepciones individuales y atomísticas. Según este planteamiento, la imaginación, impulsada por la semejanza y la contigüidad, unifica y cohesiona lo que de otro modo serían datos fragmentados; al “confundir la sucesión con la identidad” (Muñoz Segura, 2011, p. 288), crea la coherencia que la razón no puede hallar en los datos brutos de la experiencia. Este patrón leído desde el presente análisis, revela a la imaginación como la fuerza unificadora esencial de la mente en el sistema de Hume, un motor que busca darle sentido a la realidad a través de un proceso que es inherentemente psicológico y biológico, no puramente racional.

El haz de percepciones y la identidad personal

El ataque de Hume a la idea de la sustancia se extiende de manera más radical al concepto del “yo” o la “identidad personal”. Argumenta

que no tenemos una impresión de un yo como una entidad simple e invariable. Más bien, la introspección revela un “haz o colección de diferentes percepciones” que se suceden “con una rapidez inconcebible y que se hallan en un flujo y movimiento perpetuo” (Hume, 2012, p. 343). La mente, en este sentido, es un “especie de teatro” donde las percepciones “aparecen sucesivamente, pasan, vuelven a pasar, se deslizan y se mezclan en una infinita variedad de posturas y situaciones” (Hume, 2012, p. 344).

La idea de un yo estable y unitario es, por lo tanto, una “ficción” de la imaginación (Zalta, 2023; Muñoz Segura, 2011). Esta ficción se crea al conectar las percepciones dispersas a través de las relaciones de semejanza y causalidad, de manera análoga a como atribuimos una identidad continua a un objeto que cambia, como un río o una planta. La imaginación “confunde la sucesión con la identidad” y atribuye unidad a una serie de percepciones relacionadas, creando un “principio de unión” que sirve como soporte para esta supuesta simplicidad (Muñoz Segura, 2011).

La aplicación de los mismos principios de la imaginación al yo que se utilizan para construir el mundo externo y la causalidad constituye la conclusión más radical del sistema humeano. Al disolver la noción de un sujeto unificado y persistente, Hume derriba el último bastión de la metafísica sustancialista. La idea del yo no es una verdad ontológica descubierta por la razón, sino una construcción pragmática de la mente, una “historia posible que nos narramos para organizar nuestra experiencia” (Muñoz Segura, 2011, p. 309). Este proceso muestra cómo la imaginación, como una fuerza unificadora, opera tanto en el mundo exterior como en el interior, demostrando que la coherencia que percibimos en la realidad y en nosotros mismos es un producto de su actividad creativa, no una propiedad intrínseca de la realidad misma.

La dualidad de la imaginación: entre la verdad y la ficción

A pesar de su poder constructivo, Hume reconoce el potencial de error de la imaginación, lo que lo lleva a distinguir entre dos tipos de principios que rigen sus operaciones. Por un lado, están los “principios permanentes, irresistibles y universales” (Hume, 2012, p. 322),

que son la base de nuestro pensamiento y acción. Su supresión implicaría la “destrucción de la naturaleza humana” (op. cit., p. 322). Por otro lado, existen los “principios mudables, débiles e irregulares” (op. cit., p. 321), que dan lugar a ficciones o absurdos y se observan en mentes débiles). Esta distinción es crucial para la empresa filosófica de Hume, ya que los primeros son los fundamentos legítimos del conocimiento, mientras que los segundos son los que la filosofía debe exponer y rechazar (Chávez Tortolero, 2016).

La razón, para Hume, no es una fuente de conocimiento absoluto, sino una facultad que sirve para corregir los excesos de la imaginación. A través de la aplicación de “reglas generales del entendimiento” (Muñoz Segura, 2011, p. 412), la razón puede distinguir entre inferencias válidas, basadas en los principios estables de la imaginación (como la causalidad por costumbre), e inferencias inválidas, que son productos de la fantasía. Esta corrección es lo que salva a la mente del “escepticismo total”. La distinción entre los principios fuertes y débiles de la imaginación proporciona la base filosófica para el “escepticismo moderado” de Hume. Su filosofía no conduce a la parálisis total del conocimiento, sino que revela que nuestras creencias más fundamentales se asientan sobre un cimiento que, si bien no es lógicamente demostrable, es psicológicamente irresistible y natural. De esta manera, Hume se distancia del escepticismo pirrónico al mostrar que, aunque la razón no puede probar la existencia del mundo externo o de la conexión causal, la naturaleza humana nos impulsa a creer en ellos, lo cual es suficiente para la vida y la ciencia.

Implicaciones filosóficas del naturalismo imaginativo

La visión de Hume sobre la imaginación tiene profundas repercusiones en la epistemología y más allá (Muñoz Segura, 2011). Al redefinir el conocimiento como una forma de creencia probable basada en la vivacidad y estabilidad de las operaciones imaginativas, Hume descarta la posibilidad de un conocimiento fundado en la certeza absoluta. Lo que consideramos conocimiento es un sentimiento de convicción que surge del hábito y la experiencia, no de una deducción pura. Este enfoque reubica a la razón en una posición de servicio a la imaginación, donde su función principal es la de un corrector y guía, y no la de un creador de verdad.

Además, la influencia de la imaginación se extiende a la moralidad y la estética. El concepto de “simpatía,” central en la ética humeana, se define como la “conversión de una idea en una impresión por la fuerza de la imaginación” (Guerrero, 2016, p. 231). La imaginación, en este sentido, nos permite sentir las pasiones de los demás, uniendo el ámbito cognitivo con el emocional y sentando las bases de los juicios morales. En la estética, la imaginación es fundamental para la apreciación artística (Guerrero, 2016). Los poetas insuflan vivacidad en sus ficciones para generar una respuesta emotiva en el lector, demostrando cómo la imaginación, aunque no produzca una creencia real, puede despertar una experiencia “casi contemplativa” de las emociones (op. cit.).

La disolución de la sustancia metafísica a favor de conceptos empíricos y psicológicamente contruidos sitúa a Hume como un precursor de la filosofía de la mente, la ciencia cognitiva y las corrientes de pensamiento contemporáneas que cuestionan la noción de un sujeto estable y unificado. Su filosofía no se centra en lo que podemos saber con certeza, sino en cómo la mente, a través de sus operaciones intrínsecas, construye un mundo coherente a partir de la fragmentación de la experiencia.

Conclusión

Este análisis ha demostrado de manera sistemática que la imaginación es la facultad central del sistema humeano. Lejos de ser un mero productor de fantasías, es el “arquitecto” de nuestra experiencia, la fuerza que, guiada por los principios de asociación, une las ideas y construye los marcos cognitivos del mundo externo, la causalidad y la identidad personal. Su función constructiva no es un capricho, sino la respuesta lógica al desafío que Hume impone a la metafísica y a la epistemología tradicionales.

El naturalismo de Hume, al fundamentar el conocimiento en una “ciencia de la naturaleza humana,” ofrece una base para la comprensión que evita tanto las especulaciones vacías del racionalismo como la parálisis del escepticismo radical. La imaginación nos permite trascender los límites de lo inmediatamente percibido para formar creencias coherentes y vivir en un mundo inteligible, incluso si la justificación de estas

creencias no es estrictamente lógica. En última instancia, la filosofía de Hume es una profunda y duradera exploración del poder creativo de la mente humana. Su imaginación no es solo un motor de la ficción, sino la esencia de lo que nos permite construir un mundo vivible, un sentido de nosotros mismos y la base para una vida moral y social.

Cabe destacar, finalmente, que este poder constructivo de la imaginación no puede desvincularse de uno de los principios más antiguos de la filosofía: la capacidad de asombro. Es precisamente el asombro ante la aparente coherencia del mundo y del yo – una coherencia que, como se ha mostrado, no proviene de la razón ni de una conexión necesaria entre los objetos, sino del trabajo silencioso de la imaginación – lo que sostiene y anima la indagación filosófica de Hume. Reconocer que las certezas más firmes de la vida cotidiana descansan sobre fricciones necesarias de una mente que, sin apoyo racional absoluto, logra construir un mundo habitable. En este sentido, la teoría humeana de la imaginación y las ideas no solo explica el funcionamiento de la mente, sino que restituye el asombro como actitud filosófica ante la propia posibilidad del conocimiento y de la experiencia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Chávez Tortolero, M. E. (2016). Sobre la imaginación y la fantasía en el pensamiento de Hume. En Z. Monroy y L. Rodríguez-Salazar (Coords.), *Imaginación y conocimiento. De Descartes a Freud* (pp. 51-62). Corinter-Gedisa. <https://philarchive.org/archive/TORSLI>

Del Barco Collazos, J. L. (2016). Sobre la teoría de la imaginación en la filosofía de Hume. *Dianoia*, 14(14), 130-143. <https://scispace.com/pdf/sobre-la-teoria-de-la-imaginacion-en-la-filosofia-de-hume-6g15ljcci5.pdf>

Guerrero, L. (2016). Imaginación y respuesta emotiva en obras de ficción: Una lectura desde la filosofía de David Hume. *Agora: Papeles de Filosofía*, 35(2), 225-243. <https://doi.org/10.15304/ag.35.2.2888>

Hume, D. (2012). *Tratado de la naturaleza humana. Ensayo para introducir el método experimental de razonar en los asuntos morales* (V. Viqueira, Trad.; J. L. Tasset & R. Díaz Seijas, Rev.). Editorial Gredos. (Obra original publicada en 1739-1740).

Muñoz Segura, A. del P. (2011). *La imaginación: artífice de la identidad personal en David Hume*. (Tesis de pregrado). Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Filosofía, Bogotá D.C. <https://apidspace.javeriana.edu.co/server/api/core/bitstreams/7306fc0a-f06b-47ce-8e71-5f8915392ad0/content>

Zalta, E. N. (Ed.). (2001, February 26). *David Hume*. In E. N. Zalta (Ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Fall 2023 Edition). Metaphysics Research Lab, Stanford University. <https://plato.stanford.edu/entries/hume/>